LORENZO RUIZ SERRANO

LAS PALABRAS Y LAS HORAS

Breve antología del poeta relojero de Baena

LORENZO RUIZ SERRANO

LAS PALABRAS Y LAS HORAS

Breve antología
del poeta relojero de Baena

BAENA
MMXV

La calle Amador de los Ríos de Baena, en la zona de la Muralla, donde Lorenzo Ruiz abrió su taller de relojería que hoy regenta uno de sus hijos.

Lorenzo Ruiz, el poeta relojero

por Rafael Ruiz Arjona

Nuevamente el Grupo Cultural Amador de los Ríos pone en valor a otro personaje baenense, Lorenzo Ruiz Serrano (Baena 1937-2010), al que le reconoce el trabajo poético y narrativo de su obra, motivo que se puede unir al homenaje realizado hace ya unos años por el grupo de poetas de su ciudad. Carmeli Piernagorda, en versos llenos de sentimiento, escribía: «Como se quiebra el día/en el manto de la noche/tus versos quedaron rotos...». Y José Antonio Santano, otro poeta amigo, decía: «Tu nombre es sol y tierra y noche/donde habitan los sueños...». Lorenzo fue un soñador. Soñaba despierto, que es la mejor manera de soñar para dar forma a las ideas, inventor de palabras cuando juegan los escritos entre la metáfora y lo sencillo que lo lleva a la creación. De niño jugaba con las bolas y el aro, de mayor con las palabras hilvanándolas buscándole sentido a la idea.

Lorenzo fue el menor de cuatro hermanos de una familia integrada también por Dolores, José María y Francisco. Hijos de Pedro Ruiz y Felisa Serrano, los padres eran de origen modesto, originarios del pueblo vinatero de Doña Mencía. Pusieron en marcha una taberna, conocida como la de «Pedro el menciano», que fue atendida por la familia durante medio siglo. Posteriormente, cada hermano emprendió caminos diferentes por motivos laborales.

El benjamín de la familia tal vez fuera aprendiz de poeta antes que tabernero. Con 17 años compuso su primer soneto (hoy perdido), mediada la década de los años 50 del siglo pasado. «Largas crenchas», decía de la cabeza del Nazareno.

Aquel soneto era como la encarnación con la que entraba en literatura. El que ahora lo refiere lo dio a leer al médico Luis González Barcia, quien dejó ver algunos errores en la métrica, aunque advirtió de la sensibilidad que apuntaban los versos.

No tenía mal principio el futuro poeta, como bueno lo tuvo en el inicio de la lectura con obras como «Las cerezas del cementerio», de Gabriel Miró, o el «Quijote». Como testimonio de la admiración que sentía por el ingenioso manchego, en su relojería mostraba un bajorrelieve en cobre de don Quijote frente a los molinos, con un asustado Sancho. Y como inclinación a la poesía la obra de cabecera para él no podía ser otra que la de Federico García Lorca, al que admiraba y recitaba en los actos culturales (comedias), en el escenario del Divino Maestro. De la obra lorquiana gustaba recitar la «Muerte de Ignacio Sánchez Mejías», con aquel sonsonete agónico repetitivo que señalaba la muerte: «A las cinco en punto de la tarde/Dile a la luna que venga/que no quiero ver/la sangre de Ignacio sobre la arena...».

Después van surgiendo los poemas que dedicó a diversos aspectos de la Semana Santa. Son como las ráfagas que desprende su alma dotada con la capacidad sensible de valorar en palabras –si es que ello tiene valoración– el estado anímico de Jesús y su Madre, Virgen de los Dolores, como eje de lo escrito. Aunque esté fuera del tiempo, está presente su obra, que es soplo de su vida y aquí la recordamos con su autor, como una canción en verso y prosa que nos ha dejado. En ello está su huella, el paso entre nosotros, y muy unido a los poetas que como Lorenzo aman su tierra. Testimonio deja de la Semana Santa en sus rimas preferidas para esta fiesta agridulce del Señor.

Le cantó el nacimiento en villancicos: «Al Niño la Virgen un beso le dio/cerca del pesebre/la mula rió...». Le habló desde el pesebre a este Niño que no quiso nacer en primavera, sino morir en ella, y va de Belén al Gólgota: «¡Ay! costaleros mecedlo/que no se clave la Cruz/que el aire empape la sangre/y el sol lo llene de Luz. ¡Ay! costaleros/costaleros de Jesús». Y lo dice, y si no lo dice lo piensa, cuando con la Cruz camina por la Puerta de Córdoba:

Nazareno, ¿dónde vas
con esa Cruz tan pesada?
Conducido voy a muerte
con mi dolor y mis llagas.

El poeta dialoga con el Maestro, pregunta y tiene respuesta, le duele el camino emprendido. En otro lugar le pide: «Nazareno vivo y muerto/déjanos llevar tu Cruz...». Pero este baenense sabe que no es Cruz lo que lleva, sino mensaje de humildad y obediencia convertida en Cruz. No olvida al Nazareno de San Francisco, «crisol de bondad –dice a los ojos del Maestro– que haces volar de tristeza mi alma».

Ni en poesía ni en prosa este poeta pretende conquistar estrellas, solo poner en sencillos versos lo que siente de la Semana Santa, de sus imágenes, el judío o el tambor, del que dice: «¡Clarín, tambor de Baena!/ruedo blanco sin arena». Con su impulso de poeta invoca la grandeza de unos días dedicados a la desdicha y gloria de Jesús.

Buen conversador, en su taberna y fuera de ella, escanciando vino menciano, gota a gota, verso a verso en un amplio arco del tiempo, ha ido formando su ilusionada obra con poemas líricos y familiares, canta a su primogénita: «Alba de la inocencia/sonrisa en clavellina.../Eres primavera/en flor la inocencia...».

En la obra de Lorenzo Ruiz, lo más conocido, por mayor publicación, son sus escritos de Semana Santa, pero no es el tema dominante, porque entre la poesía y prosa hay un equilibrio. Aunque ésta se aleja del tema semanasantero, la narrativa ocupa un espacio importante. Poco conocidas son sus coplillas satíricas carnavalescas:

Qué traste más útil señores
es la práctica «escupiera»
pues lo mismo nos socorre
por detrás que por defuera

La gracia la aplica al ingenio creativo y dice del olivo:

Aceituna negra y prieta
que parieron los olivos
aceite van chorreando
por olivares de siglos.

De lo serio pasa a la broma y de la broma hace lo más serio de lo escrito cuando recoge, con humor admirable y sobrada sutileza, un juguetillo cómico en *Ensayo en la carpintería*: «La falta a tres ensayos será considerada grave y a la causanta o causante le será obligatorio barrer la carpintería y fregarla y quedar mirando para el encalado... Pues pilar fundamental rondallero será la alegría, pero la de buen llevar... Cantar con espíritu y dejarse de charlatanerías y garambinas que conducen al desgano de las canas... Seremos rondalleros aguantones del frío o la calor y el que se quejase de las temperaturas, mal menor, le será echada una manta el verano hasta que sus sudores sean con los del requesón...».

Cuatro folios disparatados de ocurrencias burlescas sin burlarse de nadie. Desde aquel primer soneto han volado los días hasta este pasatiempo de ritmo vital de broma. Y sigue con el humor en la línea gregueriana de Gómez de la Serna. Cosas como que tener un buen vecino es como si te toca en todas las jugadas la pedrea o que la huella digital es la fotografía del alma traspasada a las líneas de los dedos y el cohete es el diablo cojuelo de los fuegos de artificio. No se le agotan las ocurrencias. Para él los Sayones son «pereza de la baqueta», el canario parece que es el único pájaro que no está descontento de la jaula y no olvida decir que la tormenta es el tamborileo del cielo. Tiene otros artículos, otros temas, con títulos sugerentes como *Retorno de la esperanza*, *La torre del Sol*, *La fuentecilla de la Plancha*, *Coplas Carnavalescas de los Pobretones*, *Letrillas aceituneras*, *A la Almedina*, *La roldada*, *Niña y cementerio*, *Serenata a Luque* o *El beso lejano irrepetible*. De Sor Julia, en su homenaje, dijo que era «monja chiquita/con calma de paloma».

Hay más. Muy interesante es el relato que hace de *Antoñuelo, el Peinaor*, como él llama cariñosamente a su buen amigo: «Vives como siendo un pillo, tabernario de gañote, honrado y huérfano de dinero». El que pudiera encajar en algún personaje del *Lazarillo* o del *Buscón*, de Quevedo, alimentándose con menos que lo que el Licenciado Cabra daba a sus pupilos. Es la idiosincrasia de este baenense, que de forma desenfadada y con humor describe con soltura a este pícaro honrado, amable y discreto. Guardaremos su recuerdo, guardaremos sus escritos y no olvidaremos la amistad que nos unió, como no olvidaré y agradeceré que con él me aficioné a la lectura.

El tiempo se le acabó. Y cada madrugada divina de luna llena y estrellas cercanas de Viernes Santo, a Lorenzo, allá donde esté, Jesús y su Virgen Madre, María de los Dolores, lo esperarán en la Cruz de Jaspe para escuchar su voz de tenor joven desde su pequeño coro, con las manos puestas sobre su cabeza salpicada de canas, para agradecerle las últimas notas que le dedicara.

Dibujo de Luis Valdelomar, que ilustró la portada del especial de Semana Santa de la revista *Tambor*, publicado en 1961.

Al Nazareno

(A la memoria de mi madre)

Nazareno, ¿dónde vas
con esa cruz tan pesada?
Conducido voy a muerte
con mi dolor y mis llagas.
Abiertos llevo los pies
del peso de la calzada,
la corona, bronco espino
trenza rubíes en mi cara.
La Puerta Córdoba tiene
un relumbrón de esperanza,
del Nazareno bendito
que le duelen las amarras.
Atrás se quedó el olivo,
el beso que traicionara,
el ángel que apareciera
en lo alto de la rama.
Huyeron de tí las llaves,
el gallo que te cantara,
apóstoles en duermevela
de tí también renegaran.
¡Déjame llevar tu cruz
Nazareno de mi alma!
Por el silencio del aire
mi pena a tí te acompasa.
¿Nazareno dónde vas?
Voy en busca de mi alma.

Del Gólgota cerro en salitre,
estopa que avinagrara
mi boca, encaje de sed
de lanza que apuñalara
mi costado sanguinolento,
mis vértebras y mis ojos
lloran de impotencia rara.
Por lo alto de la cruz
un lucero se apuntaba.
Era la mano del cielo
que en la muerte acompañara
al Nazareno con clavos,
al Nazareno del alma.
Un estertor de agonía
corre con tu sangre amarga.
Los hombres iban jugando
el sudario de tu capa,
tu capa de paño roto
el puñal era del alba.
Nazareno, ¿dónde vas?
Voy en busca de mi alma.
La madrugada vertía
saetas por las ventanas,
el sol candelea olivos,
colores verdes y granas.
Los lirios, blancos de luna,
morados, tinte en azul
al abrirse la mañana,
traslúcidos de tu luz
traían fulgores de auroras

por los filos de tu cruz.
La Cruz de Jaspe tenía
un repique de campanas,
golondrinas con sus picos
a Jesús quitan amarras.
Nazareno, ¿dónde vas?
Voy en busca de mi alma.
Que te persiguieron solo
siendo la luz del mañana.
Del poderío del mundo
yace la cruz más humana,
cruz de clavos y sollozos
de madera bien amarga.
Lloran las aguas del río,
llora el ciprés y la retama
por tu muerte, Nazareno,
llora en silencio mi alma.

Antigua imagen del desfile de los romanos por la calle Mesones, durante la procesión de la cofradía del Viernes Santo por la tarde. Al fondo, la imagen de la Virgen de las Angustias. Imagen tomada de la revista *Recuerdos de nuestra Semana Santa* (1998), editada por Impresiones Guadajoz.

La Virgen de las Angustias

(A la centuria de romanos de la Cola Blanca)

Por la sierra de Zuheros
se va el ocaso, trayendo
la noche, dosel de estrellas
tras los últimos cerros.
Del hondón de Guadalupe
surge la Virgen, silencio,
nácar de luz es su paso,
es un haz de sentimiento.
Vibran cornetas al aire
con redobles romanescos.
Por las calles de Baena
la Virgen es un lucero,
su corazón traspasado
por siete puñales recios.
La luna se puso bronca
por las galerías del cielo.
Siete rasguños de sangre
iban rasgando el portento
de su carita de nardo
a golpe de sufrimiento.
La luna se puso bronca
en lo combado del cielo.
La Virgen, mechón de estrellas,
mirando va al hijo muerto,
en su mirar se le escapa
el alma tras el silencio.

¿Que éste no es el Niño aquel
que dormía con un beso?
Te ponen canción los ecos
de los redobles, brillan cornetas
al aire, con musicales arpegios.
Los romanos capas blancas,
rítmico el paso, desfilan
compás de acompañamiento
por el negror de la noche.
Romanos tamborileros
te hacen son de campana
acompañantes de entierro.
El encaje de tus manos,
manos que son terciopelo
con dos mariposas blancas
que aletean sobre el galileo.
¡Que éste no es el Niño aquel
que acariciabas su pelo!
Pétalos de nieve caen
en su amortajado cuerpo,
amapolas de su sangre
sólo un tul lo va cubriendo,
blancor de rosales blancos
sólo un tul lo va cubriendo,
velo de rocío de nube
por su amortajado cuerpo,
aleteantes las manos
de la Virgen, en un anhelo
de convertirse en águilas,
donde un cachito de cielo

toda la inquina del mundo
va clavada en tu costado.
Los ríos se ponen turbios
las noches del Viernes Santo.
Aleteantes las manos,
trémulo candor de pájaro,
en tu regazo lo meces
bajo jazmín de sudario.
Déjale bajar las manos
imaginero, que quiere
tocar sus labios pálidos.
Pon la nana más humilde
en su boca, imaginero,
para dormirle sus llagas
y ampararlo con su canto.
¡Que éste no es el Niño aquel
niño yuntero de establo!
Por el soplo de la noche
vienen los tamborileros
¡a redoblarte tu pena
y quieren besar sus labios!
Los ríos se ponen turbios
las noches de Viernes Santo.

Viernes Santo de Madrugada

Viernes Santo de Madrugada,
Nazareno vivo y muerto,
déjanos llevar tu Cruz,
no vas solo Padre Nuestro.

Da silencio tu amargura,
sólo tu dolido cuerpo
y tu corona de espinas
se nos adentra en el pecho.

Costaleros de Jesús,
hombres de sudor y pena,
llevadlo con gran cuidado
pues con Él llora Baena.

¡Ay costaleros! mecedlo,
que no le clave la Cruz,
que el aire empape su sangre
y el sol lo llene de luz.
¡Ay costaleros!,
costaleros de Jesús…

Virgen mía de los Dolores
ramillete eres de pena,
tu corazón se traspasa
por ver tu hijo en la «trena».
Los tambores redoblantes
claman tu angustia silente
y tu hijo va dolido,
preso, camina a la muerte.

El judío enfermo

¡Madre, deja que me asome!
En la silla los arreos,
el tambor encordelado,
callados blancos pellejos,
casco que está rematado
por un colorín plumero.
Le cae la cola ondulante,
liñuelos forman rimero,
en la chaqueta bordados
dos corazones con cruz.
Las dos baquetas terciadas
sobre el pañuelo en azul
¡deja que me asome madre!
Hijo, el vientecillo te acecha
con el mal de tu costado
te clavará como flecha.
¡Madre que no puedo más,
madre, que siento una pena,
madre, que viene la Turba
con su estruendo de tormenta!
El mocito era de roble,
una enfermedad siniestra
lo dejó postrado en cama
carcomido de sus fuerzas.
La mano extiende crispada,
la madre se aferra a ella,
lo levanta sollozando

los dos fundidos en pena.
Jesús ya se perfilaba
por lo alto de la cuesta,
se oye la campanilla
del capataz que lo lleva,
los hermanos de varales
sudan por las manos prietas.
El Nazareno venía
con su boca de amargura
con sus güedejas morenas,
sus ojos, puro misterio,
paroxismo de belleza.
Por la ventanilla chica
canas y mocito esperan
el paso del Nazareno
que gotea sangre negra.
El mocito se encendió
con toda su sangre alerta,
le corrió un escalofrío
de los pies a la cabeza.
¡Prepara el tahalí, madre,
y cepilla la chaqueta!
Y se iluminó la cámara
entre la cama deshecha.
Hubo un brusco revoleo,
cogió el pañuelo de seda,
pantalón negro planchado,
cola negra, desliada
en rizos, preciosa trenza,
el casco de buen calado

revoló por su cabeza,
la madre gemía triste
¡hijo, puede que te mueras!
El mocito sin razones
pendió el tambor del tahalí
y pareció que tuviera
la carne con más color
y el corazón con más prisa.
En la esquina al Nazareno
gorjeaban las saetas,
las golondrinas volaban
arrullando su cabeza.
Rafalillo el de María
era judío de banderas,
tronante el tambor llevaba,
ebrios chillón y baquetas.
Las andas del Nazareno
crujen al subir la cuesta,
arrebatada la madre
miraba al hijo inconcreta,
se le subió por la cara
un aluvión de grandeza.
La procesión prosiguió
engrosada de un judío
que le venía de cepa,
fueron negros sus abuelos
y de entrañas nazarenas.
Su casta toda ella era.

Retorno

Se quedó rota la esperanza, prisionera en la celda de una cárcel. El cancerbero del mundo le había mordido y se sintió pájaro con las alas tronchadas. Quedaron lejanas las primaveras de su vida que aleteaba sin plumas. Rodó el tiempo sin tregua y con barrotes.

Un día, de la rama seca salió una hoja por amor que nunca había perdido. Empezó a remontarse el verdor de su árbol. De su hombre medio seco, surgió una flor nueva, presagio de vida que nunca había olvidado, amor de pájaros cantores. Creyó que la vida no había muerto, que había agua clara en los arroyos, aceitunas nuevas en los olivos.

Le pareció que la vida podía empezar de nuevo, que se descerrojó el cerrojo, que un ruiseñor canoro, señor de alamedas, con el primer cantar de su pico sonoro, le retornaba a su infancia, donde todo fue tan fácil.

Debajo de la techumbre de la parra, por las tardes de tierra y verano, la esperanza se le acrecentó en el pecho. Se sintió hombre corno recién bañado en el río. Creyó en el trabajo y en la paz solidaria. ¡Se pobló su árbol seco de hojas nuevas!

In memoriam
a sor Julia

Sor Julia, monja chiquita
con calma de paloma,
a los pobres desvalidos
abres la puerta en par.

Tu corazón es de arrope,
de miel hecha colmenar,
salazón de los enfermos
que tú sabes aliviar,
con un halo de dulzura
arpegio de tu mirar.

Fatigas de medio siglo
de ilusión y de penar,
es un jolgorio de llaves
tu chiquito trajinar,
de llaves que abren lacenas
donde está guardado el pan
que repartes a las bocas
con tu salero sin par.

¡Sor Julia, monja gigante!,
vas desbordando bondad
con tus arrugas marcadas
de mitigar soledad,
de la vejez sin amparo
de los pobres que no tienen

ni cariño ni buen pan.
Este asilo de Baena
donde el pie a la tumba va,
rechupado por los años
sabes tú disimular
dándole un pase a la pena
con alegría, con sal.

Con tu sonrisa de nata
la vejez sabes endulzar,
tus manos trabajadoras
remansan la soledad
por el patio que resuena
de campanillas de paz.
Del sudor de tu manteo
¡cuanta vejez por ti va!
amparada por tus manos.
Monja chiquita, sin par ...

Antonio García Lara, el Peinaor

El peinaor callejea ¡errante!
su risa siempre festera,
su señorío, brizna de tunante,
chascarillo de nostalgia,
suspira y sigue la broma.
Antoñuelo que se encona
de fortaleza perdida,
lo mínimo para él quiso,
con casi nada resiste
y al vaso de vino embiste
porque no tiene otra cosa,
de la vida mariposa.
¡Ay, Antonio de falseta!
herencia de pandereta,
vive casi siendo un pillo,
honrado y huérfano de dineros,
paladín de vinateros
saltimbanqui de la gracia,
tabernario de gañote,
chascarrillos a estricote.
Dicen que vive del aire
y según se transparenta
la parroquia en esto acierta
¡y el muy tunante es feliz!

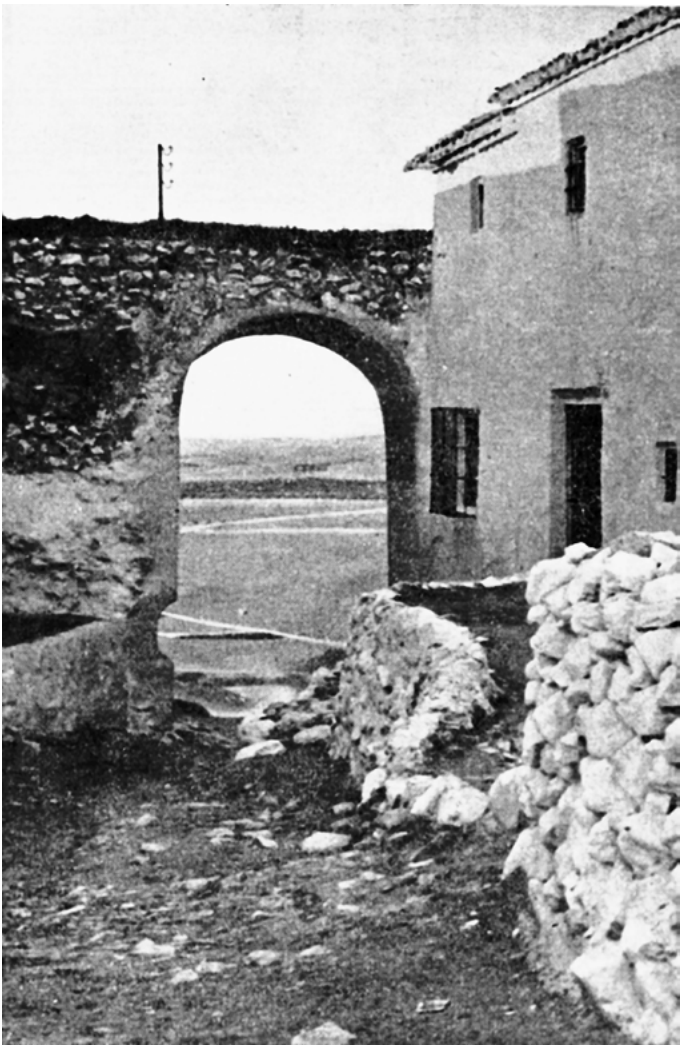

Imagen antigua de una de las puertas de la Almedina, en una fotografía publicada en la revista *Tambor.*

Serenata
a la Almedina

Baena de la campiña morena,
el Marbella te platea,
caminito de la ermita
iban niñas agarenas.
Clavellinas tus mujeres,
cuando el sol al chopo riza,
por la ermita de los Ángeles
van cantando entre sonrisas.
Torre de Santa María
donde la piedra perfila
los bronces de sus campanas
¡alturas de mi alegría!
Nazareno de mi pueblo,
al lado mismo las huertas,
olivares de noviazgos
¡casillas de mi Baena!
Arco de Consolación
donde la noche se inquieta,
placeta de Marinalba
allí rondé a mi morena.
Torre del Sol de vigía,
Arco Oscuro, calle El Coro,
cuando jugandillo al corro
se alegraba el alma mía.
Por las Casas de Carmona,
la luna va de revuelta,

por las callejas sonámbulas
me quitaba yo las penas,
dándole un brindis a la vida
¡alturas de mi Baena!
Encumbrada tú, Almedina,
por el arco de la Cava
la noche se difumina.
Encumbrada tú, Almedina,
flamencos de largas capas,
suben por las calles pinas.
En esta tierra querida
madre quisiera morir,
con la trama del olivo
con el verdor de la vid,
la noche, embrujo de sombras,
trae tu memoria hasta mí.

Letrillas aceituneras

Cuadrilla en el olivar,
ya las trallas de las varas
van soltando la aceituna
saltarina y revolera.

¡Qué canela de mozuela
llevando el novio a su vera!

Aceituna negra y prieta
que parieron los olivos
aceite van chorreando
por olivares de siglos.

El varillo amarillo
de mango de garabato
que se cuela chiquitillo
por las ramas del olivo
y repica en golpecillos
y la aceituna voltea.

Qué repillo el mocito
Rafael que enamora
a Consuelo, piropillos,
pitorreos y requiebros.
Este galán espabilado
la trae de coronillo.

¡Qué canela de mozuela
llevando el novio a su vera!

Contando está las canastas
el tordillo jornalero,
fandanguillo trajinero,
quita la rosca a la bota,
se queda mirando al cielo,
gracioso y repajolero.

¡Las mozuelas, qué canela,
llevan el novio a su vera!

Candilazos y sandungas,
tarambanas y liazos,
estos novios tan pelmazos,
de noche son rondadores
en los grandes cocinones
de las caserías del monte,
arrumacos y secretos,
tenorios temporaleros,
juegan a los amoríos
y, como no tienen penas,
brincan al corro gozosos.

Las mozuelas clavellinas,
rientes cascavelines,
se van a dormir durmiendo.
Soplan todos los candiles
capataz y manijero,
aquietado ya el revuelo
de los mozos jolgorines.

¡Las mozuelas, qué canela,
llevan el novio a su vera!

El cabrero cantaor

Cabrero de copla y pastoreo,
al costal del olivo te apretujas
y es tu sombreo negro en un gorgeo
cimera donde el cante se arrebuja.

El río compañero de tus días,
el cerro barbechero, la llanura,
rumiantes paciendo en lejanía,
honda, piedra, garganta ruiseñera.

Cirineo del sol por el rastrojo,
vigilante de leche represada,
al filo de la siesta, vas de fiesta,
tu voz sombra en chopo remansada.

Duendecillos de coplas en acecho,
repeluznos al tablao jaleado.
Tu vas de la campiña al flamenco
y vuelves a la querencia del ganado.

La piara te oprime, te libera,
la guitarra quimérica te llama,
del ocaso del estío, polvo grama,
el cante andaluz te reclama.

Copla carnavalesca de los Pobretones

Estos murgantes son gente
que comen con gran ahínco
lo mismo mascan morcilla
que también comen chorizo.

Este saco que aquí veis
es talegón de pedir.
Se admiten mendrugos,
también algún duro
de ricos chicharrones
longaniza, botellón de vino,
bollos y requesones,
lo que no se consiente
son patadas en los cojones.

Somos gente de mal ver
con ropaje de pellicos
divertimos al personal
con disparates y brincos.
Eche usted con alegría
dos pesetas en calderilla
y verá cómo cantamos
aunque sea de cuclillas
aire de nuestra tripa
con generosas morcillas.

Vecinos de tan buen ver
hacen siempre maravillas
los murgantes se descocan
con coplas de cachondeo,
el vino nos viene bien
para nuestro regodeo.

Arrasquen sus bolsillos,
rellenen nuestra talega,
no nos sean roñosillos
pues el arte de pedir
cosa es de gran lindeza
y nadie se soliviante
con coplas de sulilezas.

Provean nuestra talega
sin desgana y con presteza,
si tienen buenos tomates
no nos caigan en cabeza
suéltenlos aquí con vino
en nuestra hermosa despensa.

Tenemos la dentadura
con telarañas y hueca
de tanto pagar a Hacienda
que nadie de corazón
se ría de la pobreza.

Vengan morcillas y queso
amparo de nuestra monserga,

bailen los duros lucientes
en nuestra vacía faltriquera.

Que nadie se llame a engaño
al ver fingida dulzura
lo amarillo va por dentro
lo demás todo es pintura.

Aquí ya nos despedimos
con corcheas y versillos,
lo que nos pone congoja
es tener tan huecos los bolsillos.

La fuente de la Plancha carnavalesca

Hay en la Plancha una fuente,
mire usted que buen riero,
cuando el tubo se le entiesa,
aquello es un meaero.

Tres faroles le hacen guardia,
el chorro se desvanece,
mustio su brincar canijo
se esconde y desaparece.

El agua una cuarta sube,
apenas si bien se empina,
fuente de puro bromeo
más bien fuente de gurrina.

Tanta piedra y tanta leche
para chorro que se esconde,
el agua tiene un sopor
bochorno le da su nombre.

Fuente que es tan diminuta,
ni la beben los chiquillos,
la debieran de haber puesto
a la salía de un portillo.

El tubo es lo que nos admira,
cuando está de buena gana,
sube el agua y se desgrana
cachondeo de su son,
mire usted que pitorreo,
sube el agua en birlondeo
de lo poco que se aguanta
y su chorro meoncillo
más bien parece un chiquillo
que, cuando suelta el catón,
abre su minina al aire
y sin que nadie lo mande,
orina sin tanto tazón.

Ocurrencias burlescas

El gallo tiene la cresta roja porque es la parte de su cuerpo que primero verán los rayos de sol cuando alborea.

La campana de la iglesia cuando toca a doble de ángel no espanta a las palomas.

El cíclope no tiene más que un ojo porque el otro se lo tiene prestado a un primo hermano suyo.

La mariposa es el soneto de todas las cosas que vuelan.

El cigarrillo es el primo desheredado del puro.

Dejó el reloj del comedor sin darle cuerda porque le dio por creer que así envejecería más despacio.

El ojo de la cerradura dice a veces secretos inconfesables.

La huella digital es la fotografía del alma traspasada a la yema de los dedos.

El vino es el espíritu de la uva, sol apresado en una botella que deslía su aroma cuando se le quita el corcho.

El minutero de los relojes es la guadaña del tiempo.

Las palomas mensajeras se acurrucan todas juntas en el palomar del buzón de correos.

La sangre del cerdo sacrificado puso de luto a las morcillas.

El aburrimiento abre la caja fuerte de los bostezos.

La gallina cuando pone el huevo no se para a pensar si será el de oro.

Edita y patrocina
Grupo Cultural Amador de los Ríos

© de los textos
Familia de Lorenzo Ruiz Serrano

Ilustraciones
Pablo Antonio Ruiz (págs. I y X)
Luis Valdelomar (pág. VIII)

Diseño gráfico
Marivi Ruiz de Prado

Impresión
Gráficas Cañete